THE HOUSE INSIDE US



PARTE II

UMBRAL 7

La Casa Que Llevamos Dentro

Durante muchos años creí que la memoria era un archivo.

Un contenedor.

Una especie de almacén interior en el cual conservar hechos, nombres, fechas, rostros y episodios.

Era una visión ordenada.

Racional.

Incluso tranquilizadora.

Luego el tiempo me enseñó algo distinto.

La memoria no conserva.

La memoria habita.

No es un archivo.

Es un lugar.

Y como todo lugar posee habitaciones.

Pasillos.

Puertas.

Ventanas.

Algunas se abren a menudo.

Otras permanecen cerradas durante años.

Hasta que algo, de repente, las vuelve a abrir.

Puede ser un olor.

Una calle.

Una fotografía.

Una palabra escuchada distraídamente.

De repente ya no estamos en el presente.

Hemos vuelto a otro lugar.

No físicamente.

Interiormente.

Y es sorprendente cómo siguen existiendo esos lugares.

Recuerdo momentos que pensaba haber olvidado.

Escenas insignificantes.

Una mesa.

Una voz.

Una puerta entreabierta.

Un día cualquiera.

Durante décadas permanecen silenciosas.

Luego emergen con una precisión casi inquietante.

Como si hubieran permanecido esperando.

Y quizá es precisamente así.

Quizá la memoria no olvida de verdad.

Quizá selecciona.

Conserva.

Aguarda.

He vivido lo suficiente para ver desaparecer a personas.

Lugares transformarse.

Ciudades cambiar de rostro.

Mundos enteros disolverse.

Y sin embargo algo permanecía.

La memoria.

No como nostalgia.

Como continuidad.

La nostalgia mira hacia atrás.

La memoria conecta.

Es una diferencia importante.

Durante años observé a personas prisioneras del pasado.

Y a otras iluminadas por el pasado.

Las primeras intentaban regresar.

Las segundas utilizaban lo que habían vivido para comprender mejor el presente.

La memoria puede hacer ambas cosas.

Puede convertirse en una prisión.

O bien en una biblioteca.

Depende de cómo la utilicemos.

Con el paso del tiempo comencé a preferir la segunda posibilidad.

No quería vivir en el pasado.

Quería dialogar con él.

Porque cada experiencia deja una huella.

Cada encuentro deja una huella.

Cada amor.

Cada error.

Cada partida.

Cada pérdida.

Cada éxito.

Todo deja algo.

Y lo que deja sigue influyéndonos mucho más de lo que imaginamos.

A veces me he preguntado cuántas personas siguen viviendo dentro de nosotros.

No las presentes.

Las ausentes.

Un padre.

Un maestro.

Un amigo.

Una persona amada.

Un colega.

Una presencia ocasional.

Muchos se fueron hace años.

Y sin embargo siguen hablando a través de las decisiones que tomamos.

A través de los valores que defendemos.

A través de los principios que elegimos no traicionar.

En este sentido la memoria está poblada.

Nunca estamos solos en su interior.

Llevamos con nosotros comunidades enteras invisibles.

Durante mis viajes he visitado muchos lugares.

Algunos magníficos.

Algunos olvidables.

Algunos imposibles de explicar.

Con el tiempo descubrí un fenómeno curioso.

La geografía real y la interior raramente coinciden.

Existen ciudades en las que he vivido años y que recuerdo poco.

Y existen lugares atravesados durante pocos días que siguen viviendo dentro de mí.

Porque la memoria no mide el tiempo.

Mide el significado.

Conserva lo que nos ha transformado.

Deja desvanecerse lo que no dejó huellas profundas.

Por eso dos personas pueden vivir el mismo acontecimiento y recordarlo de modos opuestos.

No conservan el hecho.

Conservan el significado.

Y el significado es siempre personal.

Con la edad aprendemos también otra lección.

La memoria no es inmóvil.

Cambia junto con nosotros.

El mismo episodio adquiere significados diferentes a los veinte, cuarenta, sesenta u ochenta años.

El acontecimiento permanece idéntico.

El observador cambia.

Y cambiar de observador significa cambiar de interpretación.

Este descubrimiento me ayudó a reconciliarme con muchas cosas.

Comprendí que no estaba obligado a recordar todo del mismo modo.

Que podía conceder nuevas lecturas a viejas experiencias.

Que podía perdonar algunas cosas.

Comprender otras.

Aceptar otras más.

Porque la memoria no es un tribunal.

Es un diálogo.

A veces severo.

A veces dulce.

Pero siempre abierto.

Existen personas que pasan la vida intentando borrar el pasado.

No creo que sea posible.

Y quizá tampoco sería deseable.

Porque el pasado contiene la materia de la que estamos hechos.

Borrarlo significaría borrarnos a nosotros mismos.

Mucho mejor comprenderlo.

Mucho mejor organizarlo.

Mucho mejor aprender a caminar junto a él.

Cuando miro hacia atrás hoy, no veo una secuencia de años.

Veo lugares.

Lugares interiores.

Algunos luminosos.

Algunos difíciles.

Algunos aún misteriosos.

Pero todos necesarios.

Todos parte de la misma construcción.

Quizá es esto lo que el tiempo intenta enseñarnos.

La memoria no sirve para regresar.

Sirve para comprender.

Sirve para dar continuidad a lo que hemos sido.

Sirve para impedir que nuestra historia se transforme en una serie de episodios desconectados.

Al final del camino, quedan los recuerdos.

Pero no del modo superficial que a menudo imaginamos.

Quedan como territorios.

Como paisajes interiores.

Como lugares a los que regresamos cada vez que necesitamos comprender quiénes somos.

Por eso, después de tantos años, ya no considero la memoria una función de la mente.

La considero una patria.

Una patria sin fronteras.

Sin banderas.

Sin dirección.

Un lugar que sigue acompañándome dondequiera que vaya.

Porque la memoria no es algo que poseemos.

Es el lugar en el que seguimos viviendo, junto con todo lo que nos ha hecho lo que somos.

La memoria es un lugar.